UN CAPITULO DE LA HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA A PROPOSITO DE VITORIA *

*Por el Dr. Rafael ALTAMIRA,
Ex-Catedrático de Historia de Las
Instituciones Civiles y Políticas de
América en la Universidad de Ma-
drid.*

Mi intervención en este acto no es como jurista, sino como historia-
dor. Dejo íntegra a mis colegas especialistas en el análisis y la interpreta-
ción de las doctrinas de nuestro gran Vitoria, la grata tarea de recordar
una vez más a la atormentada humanidad de nuestros días, todo el valor
práctico eterno, de hoy y de mañana, con que la elevada espiritualidad
de quien hacemos homenaje brinda a los políticos y a las masas que a
veces manejan a los pueblos; y me reduzco, con un breve relato de hechos
conocidos pero también frecuentemente olvidados, el enlace esencial que
una a Vitoria con otros hombres y otras doctrinas que a mi juicio expresan
la empeñada lucha con que España ha ido intentando, siglo tras siglo, la
resolución de su más fundamental problema. Cierto es que ese problema
se halla planteado en todos los pueblos del mundo y que hoy pasa por una
grave crisis en muchos de ellos; pero, a la vez, una gran parte de éstos
conserva la esperanza de volverlo a resolver como quizá lo resolvieron antes;
o, en el caso contrario, a conseguir establecerlo ahora para fundar en este
cimiento la paz duradera. Por lo que toca a España, para quien Vitoria
pensó y escribió sus razonamientos y máximas, ese mismo problema re-
presenta la tragedia más dura y amarga de su historia, porque todavía no

* Trabajo leído por su autor en el homenaje en memoria de Francisco de Vitoria con motivo del cuarto centenario de su muerte, que se celebró en la Escuela Nacional de Jurisprudencia y que reseñamos en la sección "Información de la Escuela" en el presente número de esta Revista.

sabemos hacia qué lado, realmente, se inclina, fundamentalmente, lo más genuino y arraigado de nuestra espiritualidad.

Dejemos al mañana la respuesta de esa duda, y vengamos pues al relato que interesa para determinar el lugar que en nuestra historia general corresponde a Vitoria.

El epígrafe con que ese tema va expresado en el programa del acto presente indica tan sólo el arranque histórico de lo que voy a decir. Su desarrollo sucesivo lo veremos a continuación lo más brevemente posible, sin regatearle su ingénita substancialidad.

Pero antes de comenzar el relato, permitidme que, en nombre de la España que representamos aquí los españoles venidos a esta tierra mexicana, dé las gracias más cordiales a la Facultad de Derecho; al Excmo. Sr. Secretario de Relaciones Exteriores D. Francisco Castillo Nájera, en quien reviven valientemente las más altas ideas de Vitoria; al Rector de la Universidad Autónoma Mexicana D. Salvador Zubirán; y al Secretario de Educación Pública D. Jaime Torres Bodet, quien inició el proyecto del presente homenaje; y a sus colaboradores, el Dr. Samuel Ramos y el Dr. Iso Brante Schweide. Todo lo que este acto contiene en homenaje a Vitoria, y, con emoción que sale de lo más hondo de nuestros sentimientos, el retrato del gran maestro del Derecho Internacional que la Facultad incorpora a su hogar docente con amoroso acogimiento, son expresiones que nos honran y que no olvidaremos nunca.

* * *

La romanización de España no se prestó, por multitud de razones que sería supérfluo recordar ahora, al planteamiento del problema político correspondiente a la ideología de Vitoria. El alma española estuvo muda en este orden de la vida social, aunque no se apagó en ella el anhelo de su libertad, y de la justicia que ésta lleva consigo.

El primer Estado español no se produjo hasta la dominación visigoda, y a pesar de ella. De qué raíz o raíces —indígena, germana, bizantina (clásica); pero en todos los casos sustancialmente cristiana— emanó ese hecho, la historiografía no puede decirlo exactamente, por pertenecer aquél al orden de los hechos humanos inefables que se desvanecen con el tiempo y que la investigación moderna es incapaz de rehacer. Un estudio a fondo de toda la literatura teológica y política de aquel período, nos aportaría seguramente muchas pruebas de una vasta colaboración, aparte lo que ya sabemos de los contemporáneos más o menos próximos de San Isidoro. Pero este gran erudito puede bien representar la totalidad de los coopera-

dores; con tanta mayor razón, cuanto que sus libros fueron los que prevalecieron hasta el punto de ser la fuente de la radiación civilizadora a otros países, por algunos de los discípulos del gran Arzobispo de Sevilla y durante mucho tiempo.

El contenido de la ideología isidoriana se puede expresar en estas cortas líneas que pertenecen a uno de mis libros inéditos. "Las leyes formuladas en los Concilios de Toledo se caracterizan, en el principal de sus aspectos para el asunto que ahora nos interesa, por haber expresado, por primera vez en aquellos tiempos de violencia constante, algunos de los principios más elevados que conoció la humanidad de entonces y que, a mayor abundamiento, continuaron siendo normas ideales de la concepción monárquica española durante muchos siglos. Entre esos principios descuello bien saliente en el código último visigodo (*El Liber judiciarum*), donde se consagró, el de la imagen de la función real dirigida por el interés del pueblo y no por el personal del monarca; función encaminada a refrenar la maldad de los hombres y a conseguir que los buenos puedan vivir con seguridad.

Esa concepción está confirmada por un pasaje tomado de las obras científicas de San Isidoro que define la ley diciendo: ha de ser "honesta, justa, posible, conforme a la naturaleza y a la costumbre patria, conveniente al lugar y al tiempo, necesaria, útil, manifiesta o explícita para evitar los equívocos, y dada para utilidad común de los ciudadanos". El Concilio IV, presidido por San Isidoro, condenó en su cánón 75 el despotismo real, en los siguientes términos: "... contra los reyes futuros promulgamos esta sentencia: que si alguno de ellos, obrando contra la reverencia debida a las leyes y con soberbia dominación, ejerciera sobre los pueblos una potestad cruelísima por maldad o ambición, sea condenado con sentencia de anatema por Cristo Señor, y sufra la separación y el juicio de Dios por haber obrado mal y empleado el poder en perjuicio del pueblo".

En otro orden de libertades y respetos a la persona humana, fué doctrina de la Iglesia española, explícitamente expresada y defendida por San Isidoro y otros preladados de entonces, que a los judíos se les procurase convertir mediante la predicación y la persuasión a que aquella conduce, pero de ningún modo se les obligase por la fuerza a cambiar de religión. Es cierto que algunos de los reyes visigodos (Sisebuto, Chintila, Recesvinto y Egila) procedieron contra esa doctrina, persiguiendo y expulsando a los judíos, aunque no siempre por motivos religiosos expresos, sino por conveniencias políticas. Pero esas persecuciones fueron censura-

das y, a veces, contenidas, por los Obispos y los Concilios IV, VI y VII de Toledo.

Los principios jurídicos que acabo de mencionar se encuentran también expresados en las consideraciones o motivos morales con que empiezan, o van comentados por los legisladores mismos (costumbre que perduró muchos siglos y de que usaron repetidamente las leyes españolas coloniales en el XVI y XVII). De todos aquéllos, el que logró más fama e hizo popular en toda la Península fué el relativo a las cualidades de "justiciero" que se declara ser sustancial en el monarca y que se halla consignada ya en el código de Recesvinto. Su expresión popularizada fué la de los textos castellanos del código último visigodo que circularon en siglos posteriores al VII y tuvieron en ellos vigencia, y que dicen así: "Rey serás si obras en justicia; y si no obras en justicia no serás rey": sentencia que ha venido repitiendo la voz del vulgo hasta las tiempos presentes, como expresión ideal de la función monárquica.

* * *

La monarquía absoluta implantada por los reyes de la Casa de Austria (pero ese absolutismo fué cosa muy compleja en la realidad: punto en que no debo detenerme ahora) no impidió que en los siglos XVI y XVII las ideas de la época visigoda fuesen repetidas y defendida por dos caminos al parecer muy diferentes: Nuestro Teatro Clásico (*Fuente Ovejuna*, *El Alcalde de Zalamea*, etc.) y los teólogos, juristas o no, los juristas *strictu sensu* y algunos de los filósofos de ambas centurias. De todos estos escritores en conjunto (dentro del cual está Vitoria) y de algunos particularmente, como el P. Mariana, existen estudios más o menos completos con referencia al grupo o al individuo a quien se refieren. Pero esto no quiere decir que esté agotado el estudio de todos los que entonces expresaron los varios aspectos de ese ideario; y menos aún que se hayan investigado a fondo todas las direcciones en que se produjeron entonces, no sólo en los profesionales científicos que he mencionado, sino también en representantes insignes de la vida religiosa española que no suelen considerarse como elementos pertenecientes a las especialidades que antes enumeré.

Con la carencia de libros españoles que padezco desde 1936; con la dificultad hasta ahora insuperable de allegar otros que no poseo, y con el desconocimiento (por las circunstancias de la guerra) en que estoy aún de la bibliografía misma europea de los años transcurridos desde entonces, me está vedado hacer afirmaciones decisivas. ¿Quién sabe si entre lo es-

crito y aun lo publicado en Europa en estos primeros albores de la paz (o para mejor decir, de los tanteos para hallarla y vivirla) no habrá alguna o varias obras que hayan investigado los vacíos que a mi juicio existen en este ramo de la historia del pensamiento español? Por otra parte, el escaso tiempo en que he tenido que elaborar esta contribución al homenaje de Vitoria, impidió las búsquedas entre lo que quizá otros conocen o poseen.

En todo caso, se trata de hechos que, ya a fines del siglo XIX, interesaron a hombres de ciencia y llegaron a ser materia de escritos suyos. Me limitaré a citar dos para que resalte bien el carácter y la importancia de esos hechos: un filósofo jurista y un historiador: D. Francisco Giner de los Ríos y D. Adolfo de Castro.

En un capítulo sobre la Inquisición española que figura en el tomo VI de las *Obras completas* de Giner, y dirigiéndose precisamente a Castro, se lee lo que sigue: “Lo que si es evidente es que nuestra Iglesia representada por la mejor y más sana parte de su clero, por los que “prefirieron salvar al hombre por la caridad y la persuasión” y que, como San Ignacio de Loyola cuyos nobles designios tan admirablemente comprende el Sr. Castro, pusieron los cimientos de una vida religiosa más conforme con la naturaleza humana y con sus varios fines, significaba entonces un ideal muy diferente y harto más sano... Concertar los deberes piadosos con la vida común, inspirando el divino aliento de la moral evangélica en toda clase de relaciones y de fines; reconciliar al hombre con sus semejantes y consigo mismo, poniendo ante sus ojos lo amable y práctico de la virtud que antes parecía sólo accesible al monje y al asceta... en suma, hacer universal la vida de la comunión cristiana... tal fué la aspiración, más o menos reflexiva y clara de aquellos eminentes varones, la que palpataba en su vida, la que admira en sus escritos, la que llevaron a Trento.”

En otro lugar del citado tomo VI de sus *Obras*, Don Francisco Giner escribió este párrafo: “En el colmo de la grandeza que alcanzamos por entonces (el siglo XVI) aquellos espíritus varoniles, gloria y prez del Catholicismo, los Luises, las Teresas, los Carranzas y Hernández de Talaveta, los Hurtado de Mendoza, Sigüenzas, Nebrijas, Procenses, Arias Montanos y Marianas, los santos y sabios, en suma, presintieron la necesidad de unificar nuestro carácter, corrigiendo su división y fundando una vida verdaderamente religiosa y cristiana.”

No hace falta citar más para que quede bien señalada esa dirección de las investigaciones históricas que, hasta donde sé yo (lo cual no quita que sepa poco), completarían, de realizarse totalmente, la amplitud de la difusión que alcanzaron las ideas y los proyectos que renovaban

—con todos los nuevos problemas que los siglos trajeron—, las ideas de San Isidoro: probando así la perduración de nuestra ideología sustancialmente española que de manera tan alta expresó Vitoria.

Así, éste nos parece como un continuador de la tradición patria que, sobre el cimiento de unos cuantos principios de justicia y de bondad, en cada momento de la historia, busca y encuentra la aplicación, en el problema o los problemas contemporáneos, que a cada uno corresponde.

Esa tradición no terminó en los siglos de Oro de nuestra vida étnica. Pero no perturbemos la alegría que lo dicho antes ha creado en nuestros sentimientos, con la amargura de los tiempos presentes. Cada día tiene su obra propia que realizar.